

LA ULTIMA NOCION DE SIGNIFICADO ESTIMULAR DE QUINE†

(*Last Notion of Quine's Stimulus Meaning*)

Carlos LOPEZ LOSADA*

Manuscrito recibido: 1999.6.1.

Versión final: 2001.7.24.

* Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Deusto, Avda. Universidades 24, 48007 Bilbao.

E-mail: c.lopez.losada@ibermatica.com

BIBLID [0495-4548 (2002) 17: 43; p. 113-135]

RESUMEN: La noción de significado estimular, clave en la tesis de la indeterminación de W.V.O. Quine, ha sufrido una modificación sustancial a partir del comienzo de la década de los noventa. Este artículo ofrece una exposición de dicho cambio (su origen y razones) y del resultado final. El propósito central es mostrar que las razones por las que Quine se vio forzado a modificar la noción de significado estimular son válidas, pero que sus sustitutos (el estímulo global, la gama estimular y la semejanza perceptual) no solucionan los problemas que pretendían evitar. Y, además, hacen surgir otra serie de dificultades para la tesis de la indeterminación de la traducción, sobre todo para la tesis de la inescrutabilidad de la referencia, que, si estoy en lo cierto, son insalvables.

Descriptores: Quine, significado estimular, indeterminación de la traducción, inescrutabilidad de la referencia.

ABSTRACT: *The notion of stimulus meaning, a key notion for Quine's Indeterminacy of Translation thesis, has undergone an essential change from the beginning of the nineties. Then, this essay offers an expository work of this change (its origin and motivations) and its final result. The main aim of this essay is to show the validity of the reasons that forced Quine to modify his stimulus meaning notion and the failure of its substitutes (global stimulus, stimulus range, and perceptual similarity) to solve the problems they were thought to give an account of. Moreover, this new notions make the Indeterminacy Thesis, mainly the Inscrutability of Reference Thesis, faces new problems and, if I'm right, unsolvable ones.*

Keywords: *Quine, stimulus meaning, indeterminacy of translation, inscrutability of reference.*

SUMARIO

1. Genealogía de un cambio
2. Dos nociones clave
3. Una nueva propuesta
4. Consecuencias del cambio
5. Evaluación del cambio

Bibliografía

THEORIA - Segunda Época
Vol. 17/1, 2002, 113-135

La tesis de la indeterminación de la traducción, que Quine expone por primera vez en *Palabra y Objeto*¹, ha llegado a convertirse en un clásico dentro de la filosofía del lenguaje. Son incontables los artículos y libros a ella dedicados. Quine, por su parte, ha ido reformulando, aclarando y transformando esta tesis según iba percibiendo interpretaciones erróneas y críticas acertadas. Una de las críticas más atinadas a uno de los fundamentos de su propuesta, la noción de significado estimular, ha provocado un cambio de planteamiento que afecta a la naturaleza propia de la tesis.

En este artículo pretendo reflejar la historia de este cambio: sus inductores, sus motivos y sus consecuencias, tanto para la noción de significado estimular como para el conjunto de la tesis. En las últimas obras de Quine se pueden apreciar dudas sobre el resultado final de este proceso de regeneración conceptual. Comparto con él estas dudas y voy más allá, intentando mostrar que el resultado final no da los frutos esperados; al contrario, hace que la tesis de la indeterminación pierda todo interés, puesto que, si sus fundamentos últimos son los aportados por Quine, es palmariamente falsa. Sin embargo, también comparto con Quine y sus críticos la necesidad de esta reformulación: la noción de significado estimular tal como es plasmada en *Palabra y Objeto* imposibilita que existan oraciones observacionales (en el sentido quineano).

No pretendo sugerir una solución nueva y brillante al problema planteado. El espíritu que guía este artículo es, más bien, la sospecha de que la tesis de la indeterminación de la traducción, tal como la defiende Quine, no tiene salvación posible. Sin embargo, tampoco pretendo que las conclusiones a las que llego sean concluyentes a este respecto, sino tan sólo que muestren la imposibilidad de sostener, como Quine pretende en las obras publicadas en la década de los noventa, la transformación de la noción de significado estimular y la vigencia de la tesis de la indeterminación de la traducción.

En *La Búsqueda de la Verdad* (1ª edic. 1990) Quine ha cambiado ya su concepción original sobre el significado estimular tal como lo había tratado en *Palabra y Objeto* (ver Quine 1990, § 15); de hecho, la traducción española de *La Búsqueda de la Verdad*² sustituye todas las apariciones de la expresión "significado estimular" por la de "gama estimular", basándose en una borrador posterior a la primera edición escrito para convertirse en la segunda edición revisada de *La Búsqueda de la Verdad* (1992)³. La hondura del cambio que Quine acomete en la noción de significado estimular es tal, que Davidson llega a afirmar que sería posible re-escribir *Palabra y*

Objeto sin hacer mención del significado estimular (Davidson y Quine 1994, p. 229). Así pues, ¿en qué consiste este cambio?

Sin embargo, pese a su amplia difusión, la tesis de la indeterminación de la traducción no está libre de ser malinterpretada. Por lo tanto, antes de comenzar a comentar la evolución de la noción fundamental en la tesis de la indeterminación, considero necesario hacer algunas indicaciones sobre la correcta interpretación de esta tesis que fijen el marco en el que se deben entender las apreciaciones que voy a hacer.

En primer lugar, hay que tener presente que la tesis de la indeterminación de la traducción afirma que nuestras nociones tradicionales de significado, sinonimia, etc., están indeterminadas aún cuando se tengan en cuenta todos los hechos. De modo que es posible elaborar *distintos manuales de traducción, incluso incompatibles, para un mismo lenguaje* sin que, basándonos en cuestiones de hecho, se pueda decidir cuál de ellos, si alguno, es el correcto. La tesis de la indeterminación no tiene nada que ver con la cuestión de que toda traducción es una traición, o de que traducciones aproximadas de una oración pueden no ser equivalentes. Quine reconoce que los idiomas que se hablan hoy día en el mundo son traducibles unos a otros, con mayor o menor fidelidad, pero su tesis de la indeterminación de la traducción afirma: a) que la indeterminación se mantiene dentro del propio lenguaje y b) que tiene graves consecuencias para las asunciones ordinarias sobre la noción de sinonimia y las nociones intencionales en general. Consecuencias que no se siguen de la obviedad de que las traducciones sólo son más o menos exactas⁴. Además, hay que distinguir claramente entre la tesis de la indeterminación de la traducción y el fenómeno, de sobra conocido por los lingüistas, de que distintas culturas pueden tener categorías conceptuales diferentes, que no encajan directamente unas con otras. El fenómeno de la diversidad cultural-conceptual no implica, por sí sólo, que la noción de igualdad de significado, o sinonimia, sea insostenible, ni que las oraciones de los lenguajes de esas culturas no tengan un significado definido⁵, ni que las creencias de los hablantes de esos lenguajes sean indeterminadas. Es más, la diversidad cultural-conceptual ni siquiera pone en duda la noción de significado literal o significado cognitivo. Sin embargo, la tesis de la indeterminación de la traducción⁶ es inquietante porque de su verdad se desprenderían todas estas consecuencias.

En segundo lugar, la fundamentación de la tesis ha sufrido también una evolución. En la primera exposición de la tesis de la indeterminación de la traducción Quine hace hincapié en el fenómeno de la inescrutabilidad de la referencia de un término como 'gavagai', que puede ser tomado indistinta-

mente como 'conejo', 'estado de conejo' o 'parte indeterminada de conejo'. Sin embargo, 20 años después, en 'On the Reasons for Indeterminacy of Translation' (Quine 1970), Quine aclara la intención originaria de esta tesis y su verdadero fundamento. Este artículo propone una nueva ambientación de la tesis de la indeterminación de la traducción:

Mi ejemplo de gavagai ha tenido un papel central en las discusiones sobre la indeterminación de la traducción que no le corresponde. Los lectores ven en este ejemplo el sustrato de la doctrina y piensan que al resolverlo siembran dudas sobre ella. El sustrato real de la doctrina es muy diferente, más amplio y más profundo (op. cit., p. 178).

En esta nueva lectura la tesis de la indeterminación de la traducción tiene una doble justificación: el argumento desde arriba (*argument from above*) y el argumento desde abajo (*argument from below*)⁷. El argumento desde abajo proviene de la formulación de la tesis en *Palabra y Objeto* y se centra en el mencionado fenómeno de 'gavagai', mientras que el argumento desde arriba se basa en la infradeterminación de la teoría física por el conjunto de la evidencia observable. En pocas palabras, el argumento desde abajo se basa en la *indefinición* referencial de términos como 'gavagai'. Es decir, dado que existe una indeterminación en el nivel de los términos, ésta se extiende hasta el nivel superior de la lengua. Por el contrario, el argumento desde arriba, se fija en que a mayor nivel de abstracción mayor nivel de indeterminación. Es decir, dando por supuesto que podemos traducir las oraciones observacionales tomadas holofrásticamente, si seguimos subiendo a los niveles de mayor abstracción propios de las teorías científicas, nos encontramos con una variedad de posibles traducciones que hacen que la traducción sea indeterminada.

Quine afirma que el argumento principal sobre el que se sostiene la tesis de la indeterminación es el "argumento desde arriba"⁸ (*argument from above*). A pesar de esta afirmación de Quine, considero que la tesis es mucho más interesante si la leemos desde el "argumento desde abajo" (*argument from below*) -es decir, desde los argumentos que se basan en la inescrutabilidad de la referencia. Si se acepta que el argumento desde arriba es el argumento principal de la tesis de la indeterminación de la traducción, ésta aparece como una tesis principalmente lingüística: la infradeterminación de nuestra teoría del mundo por la totalidad de los condicionales observacionales verdaderos permite que se elaboren manuales de traducción rivales, incluso incompatibles, e igualmente "válidos"⁹ para la traducción de un lenguaje. El problema principal de esta interpretación es que la tesis de la indeterminación no se sigue desde el argumento desde arriba y, por tanto,

este argumento no puede sustentar la tesis. El argumento desde arriba, tal como es formulado en Quine (1970), es falaz, puesto que, sólo si sus premisas presuponen la conclusión, se puede llegar a deducir desde él la tesis de la indeterminación de la traducción¹⁰. O dicho de otro modo, sólo se podría decir que el argumento funciona si, se muestra o bien que, dado que la justificación última de las hipótesis analíticas es la coincidencia de las oraciones observacionales implicadas, existe una indeterminación de la traducción; o bien que "los únicos hechos sobre los que se podría basar la traducción de teorías infradeterminadas son las traducciones de oraciones observacionales" (Kirk 1986, pp. 145-146). En el primer caso, el argumento desde arriba es superfluo al pretender demostrar lo ya demostrado y, en el segundo caso, es insuficiente porque se basa en un supuesto que el argumento por sí sólo no puede demostrar.

Existe otra razón de fondo en la insuficiencia argumentativa de la presión desde arriba (*pressing from above*). Es la siguiente: si el significado es el significado empírico y las teorías se distinguen por las predicciones que hacen de la realidad, entonces no tiene sentido hablar de dos teorías distintas que sean indistinguibles desde el punto de vista de los hechos¹¹.

Entiendo, pues, que la interpretación más interesante de la tesis de la indeterminación es la que viene ligada al argumento desde abajo (pese a que Quine considere que la inescrutabilidad de la referencia es casi trivial). Bajo esta perspectiva es una tesis ontológica: la inescrutabilidad de los términos, o imposibilidad de individuar los objetos basándonos en cuestiones de hecho, nos permite elaborar traducciones rivales, incluso incompatibles, e igualmente "válidas" de un lenguaje, aún cuando estas traducciones conlleven divisiones del mundo en objetos completamente diferentes¹². *Si hay algún argumento sobre el que podría descansar la tesis de la indeterminación, éste es el argumento desde abajo. Por ello, es de vital importancia dar una caracterización de la tesis que no impida la inescrutabilidad de la referencia.* Por este motivo, la reflexión que voy a ofrecer acerca del cambio en la noción de significado estimular es de extrema importancia para la validez de la tesis de la indeterminación.

1. Genealogía de un cambio

El problema se hizo patente en 1986 en una reunión de Quine con Davidson, Dreben y Føllesdal en Stanford. Para entender el origen de la discusión que allí se planteó debe estar clara la polaridad ontológico-funcional de la noción de significado estimular. Por un lado (funcionalidad), el significa-

do estimular es aquello que comparten las oraciones observacionales que son traducibles y que posibilita que dos individuos puedan coincidir en su asentimiento o disentimiento frente a una oración observacional al presenciarse un estímulo. Por otro lado (ontología), el significado estimular es el conjunto de receptores nerviosos que se activan cuasi-simultáneamente ante la presencia de un estímulo y que el sujeto asocia con una expresión simultánea al estímulo.

Ahora bien, este modo de plantear la cuestión nos obliga a pensar en la igualdad de significado estimular en, al menos, dos sujetos, el nativo y el lingüista ante una oración observacional. Si el significado estimular es un conjunto¹³ de neuroreceptores y, por tanto, dependiente del estado físico de algunas terminaciones nerviosas, *¿cómo explicar esta igualdad de significado?* Se podría pensar en una homología de receptores que explicase esta equivalencia. Quine se planteó esta solución, pero la rechazó considerando que, aunque fuese posible, o incluso real, no tendría importancia, porque una misma red de receptores podría tener idénticos efectos aun cuando sus nodos tuviesen distinta distribución. Por lo tanto, la noción de significado estimular estaba herida de muerte a menos que nos olvidásemos de la igualdad de significado estimular, y con ella de la intersubjetividad de las oraciones observacionales y de su posible traducción. Obviamente, Quine no podía olvidar todo esto.

¿Qué nos queda entonces como explicación¹⁴ de la concordancia en las oraciones observacionales? En 1986 Davidson propuso tomar el estímulo distal como estímulo compartido, pero Quine rechazó la propuesta, entonces y en 1990. Hasta 'Progreso en Dos Frentes' (Quine 1996) no se aprecia la inclusión del objeto exterior en el origen del acuerdo sobre las oraciones observacionales, aunque ya en *Del Estímulo a la Ciencia* (1995) se veía venir este paso.

El problema se encuentra, como ya he dicho, en la condición de intersubjetividad que deben tener las oraciones observacionales. En un primer momento, Quine pensaba que esta intersubjetividad residía en la igualdad de significado estimular de una oración para, al menos, dos hablantes. Pero enseguida reconoció que esto no era posible:

Un suceso de estimulación, tal como yo uso el término (§ 1), es la activación de algún subconjunto de receptores sensoriales del sujeto. Dado que el lingüista y su informante no comparten receptores, ¿cómo se puede decir que comparten una estimulación? (Quine 1990, p. 40).

2. *Dos nociones clave*

Antes de intentar responder a esta cuestión tenemos que aclarar dos nociones que hemos venido usando sin explicitar y son de importancia capital para entender por qué Quine se vio obligado a cambiar su concepción del significado estimular. Estas son las nociones de 'oración observacional' y 'estimulación'.

La noción de oración observacional es, como todo concepto filosófico básico, difícil de caracterizar con precisión. Y, en concreto, la distinción entre enunciados/oraciones observacionales y enunciados/oraciones teóricas, que tan importante papel ha jugado en casi toda la filosofía de este siglo -principalmente anglosajona- se ha desvelado como especialmente problemática. Las divergencias surgidas se refieren tanto al tipo de objetos referidos por las oraciones/enunciados observacionales, como a la naturaleza y al status epistemológico de estas construcciones lingüísticas.

Quine intenta acoger en su noción de oración observacional tres características que podrían considerarse como el mínimo común subyacente a todas, o al menos, a la mayoría de las interpretaciones que de ella se han dado. En primer lugar, las oraciones observacionales son los cimientos sobre los que se asienta el aprendizaje y dominio del lenguaje, es decir, son los elementos primarios del lenguaje. Tienen primacía temporal -están en el origen del lenguaje- y cognitiva -son los anclajes más seguros del lenguaje con la realidad. En segundo lugar, las oraciones observacionales se presentan como paradigma de la evidencia, es decir, reflejan aquello sobre lo que no cabe dudar. Y, en tercer lugar, las oraciones observacionales son aquellas que por su propio carácter demandan asentimiento intersubjetivo dentro de una comunidad de hablantes. Quine considera que esta tercera característica es el factor discriminante¹⁵ de las mismas, ya que sabemos si una oración ocasional es observacional comprobando la unanimidad de la respuesta de los hablantes de la comunidad o, en su caso, de sectores especializados de hablantes de ella. Pero, contra la tradición empirista, Quine considera que las oraciones observacionales son unidades irreductibles y que, si se fragmentan en unidades menores, las características antes mencionadas no son heredadas por las partes: oraciones observacionales sí, términos observacionales no.

Las oraciones observacionales se caracterizan, en definitiva, por ser oraciones que: (1) están asociadas holofrásticamente a gamas de estímulos, de modo que promueven un asentimiento o disentimiento inmediato, sin indagación previa ni posterior; y (2) son oraciones intersubjetivas dentro de

una comunidad específica, ya que suscitan el mismo veredicto, de forma inmediata y sin reservas, en todos los testigos de la situación lingüísticamente competentes. Estas dos características permiten a las oraciones observacionales cumplir unas funciones determinadas, tanto en el aprendizaje del lenguaje como en las teorías científicas. En el aprendizaje del lenguaje, las oraciones observacionales, por la característica (1) pueden ser aprendidas por ostensión (aunque de hecho algunas no lo sean). Y, por la característica (2), es posible el aprendizaje de las oraciones a partir del uso que de ellas hacen los demás hablantes. En las teorías científicas, las oraciones observacionales, por la característica (1), son el criterio último de control de las teorías: las categóricas observacionales¹⁶ son los puntos de control ("checkpoints") de las teorías científicas (Quine 1996, p. 163). Y por la característica (2), son la garantía de objetividad de la ciencia, de la máxima objetividad alcanzable, que es la intersubjetividad.

Pasemos a la segunda noción. ¿Qué es una estimulación? En *La Búsqueda de la Verdad*, Quine nos dice:

Los estímulos que un sujeto experimenta en un momento dado no son otra cosa, para mí, que el conjunto temporalmente ordenado de todos sus receptores sensoriales activados en ese momento (Quine 1990, p. 2).

Aquí tenemos que distinguir entre percepción de estímulos y recepción de estímulos. Quine introduce esta distinción en *Las Raíces de la Referencia*, sobre todo, para posibilitar un atomismo epistemológico en el comienzo del conocimiento. En el nivel perceptual se imponen las tesis de la Gestalt: el sujeto no percibe una serie de puntos sino una forma determinada. Pero, según Quine, en el nivel receptual, el nivel de los receptores nerviosos, no tenemos formas sino distintas terminaciones nerviosas excitadas. Por esta razón, dado que los sujetos no comparten receptores sensoriales, ¿cómo explicar la concordancia en las oraciones observacionales? En un primer momento, como ya he dicho, Quine piensa en una homología de las terminaciones nerviosas de los individuos, pero finalmente descarta esta opción, porque en última instancia esto tampoco importaría: "lo único que necesitamos es una concordancia de la conducta pública." (Davidson y Quine 1994, p. 227).

El foco del conflicto está claramente identificado: si el significado estimular es concebido como la gama de estímulos que promueven el asentimiento o disentimiento del sujeto a las oraciones observacionales, entonces la intersubjetividad necesaria de las oraciones observacionales exige una igualdad de significado estimular, "y de aquí que el nativo y el traductor

deban compartir las estimulaciones" (Quine 1996, p. 159). Pero esto no es posible. ¿Cómo soluciona Quine esta aporía? La solución será el estímulo global y la semejanza perceptual.

3. Una nueva propuesta

En *Del Estímulo a la Ciencia* (1995), Quine abandona definitivamente la noción de significado estimular¹⁷ y nos dibuja un panorama completamente nuevo en la cuestión¹⁸ que estamos discutiendo. La noción de significado estimular es sustituida por la de *estímulo global*, que es "la clase temporalmente ordenada de receptores excitados durante ese aparente presente." (Quine 1995, p. 17). Quine propone los estímulos globales como los correlatos físicos de las experiencias elementales de Carnap en el *Aufbau*. Pero, de hecho, la noción de estímulo global nos aporta poco más que un nuevo nombre para los significados estimulares, porque en distintos individuos, y en un mismo individuo en distintas ocasiones, el estímulo global puede ser altamente variable, aunque nos encontremos en una situación en la que emitamos una misma oración observacional como, por ejemplo, 'Conejo'. Así que la solución no está en el estímulo global a secas, sino en la "*semejanza perceptual*, vista como una relación entre estímulos globales." (Ibid.).

¿Qué es la semejanza perceptual? La semejanza perceptual no es semejanza entre los conjuntos de terminaciones nerviosas excitadas en varios sujetos o en un sujeto distintas ocasiones. La semejanza entre las terminaciones nerviosas excitadas es semejanza receptual. La semejanza perceptual "es más bien una cuestión del efecto sobre el sujeto: es cuestión de su reacción. Dos estímulos globales receptualmente muy semejantes son aptos para ser perceptualmente semejantes, pero estímulos globales receptualmente muy diferentes pueden ser también perceptualmente semejantes; porque muchos de los receptores excitados en una ocasión dada son indiferentes para la respuesta." (Ibid.). Así pues, dentro de los receptores excitados en un estímulo global sólo algunos son perceptualmente relevantes, son los *sobresalientes* ("*salient*"). Estos son los responsables de la semejanza perceptual. "El estímulo global, en virtud de la parte sobresaliente, es perceptualmente similar a otros a pesar de la divergencia de otras partes." (op. cit., p. 18). Así pues, la base de la semejanza perceptual es la semejanza de la parte sobresaliente de los estímulos globales. Percibimos como semejantes aquellos estímulos globales que comparten partes destacadas sin considerar la relación que guardan con las partes no destacadas; de ahí que sea posible

que haya estímulos globales perceptualmente diferentes pero perceptualmente semejantes.

Por tanto, tenemos que suponer que el sujeto tiene la capacidad de percibir esta semejanza perceptual. Es decir, que, tras la exposición a dos estímulos globales, puede verlos como perceptualmente semejantes porque percibe que sus partes sobresalientes coinciden. La percepción de las partes sobresalientes es la que permite que la ostensión funcione, ya que permite que el sujeto encaje la emisión lingüística con las partes sobresalientes del estímulo global a través del gesto de apuntar. De modo similar, la semejanza perceptual está en la base de toda anticipación: ante estímulos globales perceptualmente semejantes esperamos los mismos resultados.

La semejanza perceptual es la base de toda anticipación, de todo aprendizaje, de toda formación de hábitos. Opera a través de nuestra propensión a esperar que situaciones perceptualmente semejantes tengan secuelas perceptualmente semejantes. Esto es la inducción primitiva (op. cit., p. 19).

Si la semejanza perceptual se encuentra en la base de todo aprendizaje, no puede ser ella misma aprendida, por lo que tiene que ser innata, al menos en parte. Y si tenemos un factor innato que ha perdurado a través de la evolución, se debe a que la selección natural lo ha favorecido. El carácter favorecedor de la supervivencia que tiene la inducción primitiva o instinto inductivo (Quine 1996, p. 161) (que es esperar los mismo efectos de situaciones similares) es claro, por lo que es muy factible que la selección natural haya favorecido un factor de este tipo.

Ahora bien, los estímulos globales son privados¹⁹ y la semejanza perceptual también, por lo que seguimos sin tener una explicación del acuerdo intersubjetivo en las oraciones observacionales. La respuesta, según Quine, nos la da el carácter innato de la semejanza perceptual:

Los estándares iniciales de semejanza perceptual del individuo son inculcados, como vimos, por la selección natural, y así, gracias a que compartimos ancestros y medio ambiente, tendemos a armonizarnos en la tribu. Los cambios en los estándares posteriores al nacimiento también tienden armonizarse porque compartimos una sociedad y medio ambiente (Quine 1995, p. 21).

La propuesta de Davidson era, según sus propias palabras, que

la traducción (y por consiguiente los contenidos de habla y creencia) debía estar ligada al estímulo distal, no al estímulo próximo, porque pensaba (y todavía lo pienso) que son las situaciones externas mutuamente observadas las que hacen posible la comunicación (Davidson 1994, p. 190).

Pero Quine consideró problemática esta solución, porque nos podríamos preguntar cómo el compartir un estímulo distal impera sobre la privaci-

dad de las redes neuronales y receptores sensoriales, que son el medio por el cual tenemos noticia del objeto conjuntamente percibido o estímulo distal. Quine, aunque termina dando gran importancia al estímulo distal, no lo considera el sustrato de la semejanza perceptual. La semejanza se da entre estímulos globales y estos son estímulos próximos, es decir, privados. Y es el efecto armonizador de la selección natural el que produce que "aquello en lo que coinciden dos observadores sea el objeto distal compartido y no las estimulaciones próximas no compartidas." (Quine 1996, p. 161). Quine insiste en que en su explicación de la concordancia de los sujetos en las oraciones observacionales, no ha ido más allá de los receptores sensoriales del individuo a través de los cuales se dan los limitados contactos que el sujeto tiene con el mundo.

4. Consecuencias del cambio

El resultado de esta controversia es que Quine adopta una nueva posición sobre la traducción y la labor del traductor, pero sin cambiar un ápice las consecuencias sobre la indeterminación. El lingüista ya no tiene que buscar que dos oraciones observacionales sean iguales en significado estimular (de hecho, Quine afirma: "Yo nunca percibí, incluso en *Palabra y Objeto*, al lingüista como siendo consciente de las terminaciones nerviosas o del significado estimular, o comparando significados estimulares."²⁰) sino que tiene que poner en práctica el método de la empatía: "él se mete en la piel del informante nativo, y la madre hace lo mismo con el niño." (Ibid.). En definitiva, el lingüista tiene que poner en juego su capacidad de figurarse cuál es la situación que el nativo está percibiendo y tratar de ver si él aceptaría "Conejo", donde el nativo acepta "Gavagai". Tiene que poner en práctica

un misterioso truco que todos tenemos para empatizar la situación perceptiva de otra persona, aun siendo ignorantes del mecanismo psicológico u óptico de su percepción (Quine 1990, p. 42).

Además, el objetivo final del lingüista no es sólo elaborar un manual de traducción, sino que va más allá: es la interpretación (Quine 1995, pp. 80-81). Los manuales que elabora el lingüista tienen como objetivo hacernos competentes y efectivos en el lenguaje traducido. En definitiva, la labor del lingüista se dirige a la comunicación.

El caso del aprendizaje del lenguaje por el niño varía con la inclusión del elemento innato de la percepción de semejanza entre estímulos globales. Ahora el niño está dotado de un dispositivo que le habilita para el aprendizaje ostensivo: el instinto inductivo le lleva a esperar efectos simi-

lares de situaciones parecidas. Y, a la vez, los estándares innatos de semejanza perceptual, que posee desde su nacimiento, le permiten encontrar las partes sobresalientes en los estímulos globales. Así, la empatía no sólo la pone en juego la madre, poniéndose en el lugar del niño para saber qué percepción puede tener y si la emisión lingüística que realiza es acorde con la situación perceptual. El niño

no sólo oye la oración, ve el objeto comunicado, y los asocia. Él también advierte la orientación, gesto y expresión facial del hablante. A su modo, todavía inarticulado, percibe que el hablante percibe el objeto o evento (op. cit., p. 89).

5. *Evaluación del cambio*

Como conclusión quisiera hacer dos observaciones sobre el alcance y las consecuencias del cambio que Quine promueve en sus últimas obras.

La primera tiene que ver con la última concepción del significado estimular, o estímulo global, que usa Quine. La originaria noción de significado estimular nos llevaba a una situación insostenible. Por un lado, el significado estimular, entendido como un conjunto de estados físicos dependientes de ciertas terminaciones nerviosas, no puede ser igual para dos hablantes que comparten su afirmación sobre una oración observacional. Pero, el significado estimular pretende representar el significado en las oraciones observacionales²¹. Y, a su vez, queremos mantener la intersubjetividad de las oraciones observacionales, es decir, que su significado sea compartido por los hablantes. El resultado es claro: la intersubjetividad de las oraciones observacionales no puede basarse en una igualdad de significado estimular. Por otro lado, como apunta Davidson (Davidson y Quine 1994, p. 230), si nos tomásemos en serio la noción de significado estimular, es muy probable que estuviésemos imposibilitando la existencia de oraciones observacionales.

Ante esta encrucijada, Davidson propuso, como ya he dicho, que la base de las oraciones observacionales no fuese el estímulo próximo, es decir, el significado estimular, sino el estímulo distal, es decir, el objeto o suceso que impacta sobre el sujeto. Quine no podía aceptar esta solución. Su epistemología naturalizada no permite que las situaciones externas sean el punto de partida para el sujeto; al contrario, la epistemología naturalizada de Quine exige que el origen sea la afluencia del estímulo sobre los órganos sensoriales. En el caso de aceptar el primer enfoque, toda su teoría de la indeterminación del referente se vendría abajo, porque habría que suponer objetos individuados, como conejos, o lo que sea, al comienzo del cono-

cimiento. La solución que finalmente propone Quine es un "sí, pero no"; dicho de modo más claro: la solución que ofrece en sus últimas obras es un intento de "nadar y guardar la ropa". Veamos por qué.

En *Las Raíces de la Referencia* (1974) la distinción entre la semejanza receptual y la semejanza perceptual nos empieza a sugerir que Quine, después de todo, pretende recuperar el intento fenomenista de reconstrucción racional de nuestro conocimiento del mundo que Carnap se propuso en la segunda quincena del siglo XX. Pero Quine no es fenomenista sino que defiende un naturalismo epistemológico y, por ello, no puede partir de la percepción originaria en la conciencia del sujeto. Además, ya había rechazado anteriormente el intento de Carnap por imposible e, incluso, su propia epistemología surge del enfrentamiento con la epistemología del *Aufbau*. De hecho, había rechazado explícitamente hablar de una reconstrucción racional: lo que hay que hacer, declara Quine en repetidas ocasiones, es ver el proceso real de elaboración de la ciencia y del aprendizaje y uso del lenguaje. Quine parte, como ya sabemos, de las activaciones nerviosas del sujeto. Aquí está, para él, el punto de partida del conocimiento, porque la forma en que primeramente se nos da el mundo es a través de los estímulos recibidos en nuestras terminaciones nerviosas.

De ahí que el significado estimular se convirtiese en la noción básica sobre la que describir el uso y aprendizaje del lenguaje. Pero, el lenguaje es un arte social y si su fundamento es algo privado, evidentemente algo falla en nuestro intento explicativo. El lenguaje es algo público y compartido: hay un acuerdo básico en el lenguaje que es el que nos permite comunicarnos. Ese acuerdo se tiene que mostrar en las formas más simples del lenguaje: tanto para aprender un lenguaje, como para traducirlo, partimos desde las formas más simples hacia el dominio de la plena competencia lingüística. Estas formas más simples son, según Quine, las oraciones observacionales, por lo que en ellas ya se tiene que mostrar el acuerdo entre los hablantes del lenguaje en cuestión.

Ahora bien, la semejanza perceptual (entendida como semejanza del objeto percibido en la conciencia) de las oraciones observacionales no tiene cabida en el esquema explicativo de Quine, con lo que sólo nos quedaría la semejanza receptual. En *Las Raíces de la Referencia* Quine introduce la distinción para justificar un posible atomismo epistemológico y rechaza la semejanza perceptual porque en ella se imponen las tesis de la Gestalt: lo percibido son formas y no partes. En el fondo de este rechazo están las mismas razones que no le permiten aceptar la solución de Davidson: en el comienzo del conocimiento, o en el origen del lenguaje, no puede haber

objetos ya dados; y si comenzásemos por lo percibido estaríamos pasando por alto la labor integradora del sujeto sobre lo recibido. En consecuencia, dice Quine, nos tendremos que fijar en lo recibido antes de que sea percibido, es decir, antes de que el sujeto sea consciente de ello. Pero, como ya he dicho, quedarnos en lo recibido es quedarnos en algo privado y, por ende, es imposible que lo recibido sea la explicación de la intersubjetividad de las oraciones observacionales.

A partir de *La Búsqueda de la Verdad* se aprecia que, forzado por esta situación, Quine se dirige hacia la semejanza perceptual, pero sabe que no la puede aceptar sin quemarse. Solución: quedarse a medio camino. En *Del Estímulo a la Ciencia* (1995) se observa claramente cómo se aleja de lo perceptual, pero sin llegar del todo a lo perceptual. Así, la semejanza perceptual que defiende, en ésta última obra, tiene como base los aspectos sobresalientes del estímulo global, pero la semejanza se establece desde la reacción del sujeto a estas estimulaciones. Insiste, una y otra vez, en que no ha abandonado el nivel fisiológico de las redes nerviosas activadas y que el fundamento objetivo sigue siendo la activación neuronal. Pero, reconoce que a este cuadro le falta algo para ser completo. La razón de esta carencia reside en que tanto el estímulo global, como los estándares de la semejanza perceptual, reconocida a través de los aspectos sobresalientes de este estímulo, son privados. El acuerdo en las oraciones observacionales tampoco puede ser explicado sólo de este modo. Aquí entran en juego la herencia y la selección natural. La selección natural ha favorecido, según Quine, que poseamos una habilidad innata para encontrar un estímulo global más semejante a otro que a un tercero. Y este reconocimiento de semejanza lo hacemos aún cuando las estimulaciones similares sean receptualmente dispares, es decir, activen en nosotros redes nerviosas distintas, porque esta similitud es de aspectos sobresalientes de las estimulaciones. Esta es la solución que nos ofrece Quine: la selección natural, que, en principio, ha actuado y actúa sobre todos los individuos con la misma eficacia, es el factor homogeneizador de algo que en su base es privado. La selección natural se convierte en el garante de la intersubjetividad de las oraciones observacionales. Dado que todos compartimos la presión del medio y la superamos, también compartimos los mecanismos de supervivencia, y estos mecanismos son los que nos permiten afirmar que las oraciones observacionales tienen un sustrato intersubjetivo, compartido.

Ahora bien, ¿nos deja esta solución en mejor posición que aquella en la que estábamos? Parece que no. Pensemos en una situación ya clásica: un conejo que sale corriendo. Dos individuos lo observan, uno habla selvanés y el

otro español. Ninguno de los dos tiene la más mínima noción del idioma que habla el otro, ni de la cultura en que vive. El primero exclama 'Gavagai', mientras que el segundo dice 'Conejo' (o 'ahí, conejo'). Se miran uno a otro y asienten con la cabeza. Si pasase, al poco, otro, o el mismo conejo, cada uno esperaría que su compañero emitiese la misma oración observacional que hace un rato. Pero ¿a qué se debe esta expectativa? ¿A que la situación estimular del conejo corriendo posee los mismos aspectos sobresalientes para los dos? ¿De dónde surgen los aspectos sobresalientes? Quine no aclara cómo un estímulo global tiene unos aspectos sobresalientes y no otros. Por un lado, deja entrever que hay una especie de innatismo para apreciar estos aspectos. Y, por otro, parece que los aspectos surgen como sobresalientes tras procesos de repetición. Ninguna de estas dos soluciones puede ser válida para lo que Quine pretende²².

Si los aspectos sobresalientes fuesen reconocidos como tales por medio de alguna capacidad innata, todos apreciaríamos los mismos aspectos sobresalientes en los mismos estímulos globales: la selección natural y la herencia valen en todos por igual, al menos cuando hablamos de nuestras capacidades en un nivel muy básico²³. En este caso, podríamos eliminar los aspectos no sobresalientes del estímulo global y estaríamos otra vez con un significado estimular, pero esta vez con garantías de que sea el mismo para todos ante las mismas ocasiones. Pero, entonces, por un lado, los referentes de nuestras expresiones serían determinados porque individualizaríamos los objetos siguiendo las partes salientes del estímulo que nos viene marcadas de nacimiento y no habría razón alguna para individualizar el estímulo global correspondiente a 'Gavagai' como 'parte indeterminada de un conejo' y no como 'conejo'. Es decir, cada uno de nosotros (hablantes del selvanés o del español) individualizaría las estimulaciones globales del mismo modo. Y, por otro lado, cada vez que viésemos salir corriendo un conejo, a nadie se le ocurriría decir, por ejemplo, '¡Comida!' (o tal vez, todos exclamaríamos "¡Comida!" y nadie diría "¡Bonito!"). Me parece un sinsentido ofrecer la selección natural y la herencia como la solución a este problema y afirmar, al mismo tiempo, que hay una inescrutabilidad de la referencia.

Si los aspectos sobresalientes lo son por procesos de repetición y aprendizaje, dependerá del tipo de sociedad en que haya crecido el que un individuo destaque unos factores y no otros. Si, por ejemplo, el hablante selvanés vive en una comunidad de vegetarianos, puede ser que al ver un conejo corriendo por la hierba, no sean precisamente los estímulos que corresponderían al conejo los que destaquen, sino los de la clase especial de hierba en que éste se encuentra. Pero, en este caso, la indeterminación se debería a una

diferencia en los recursos de conceptos lingüísticos entre diferentes lenguajes y nada nos impediría llevar a cabo una traducción, más o menos exacta, de un lenguaje en otro. Si somos capaces de entender a los esquimales ¿porqué tiene que ser diferente en el caso de los hablantes del selvanés? Entiendo que no es posible hablar de aspectos sobresalientes, en este sentido, y no hablar de intereses. Pero, esto no es lo que Quine quiere afirmar con su tesis de la indeterminación de la traducción, ¿no?

El elemento que subyace a los argumentos que Quine ofrece en favor de la semejanza perceptual a través del reconocimiento de los aspectos sobresalientes de los estímulos globales es la selección natural. Quine usa la selección natural como una especie de "*deus ex machina*" que de repente aparece en escena resolviendo todos los enigmas: "Armonía sin interacción: esa era la sutileza." (Quine 1996, p. 161). Mi impresión es que este subterfugio no funciona del modo que Quine desea.

Sin embargo, en "Progreso en Dos Frentes" parece que se encuentran indicios de que su pensamiento se está moviendo más allá de lo receptual hacia lo que ya apuntaba Davidson: el estímulo distal. Me refiero concretamente al siguiente párrafo:

Lo que tenemos es una *armonía* preestablecida en los estándares de semejanza perceptual que es independiente de la igualdad intersubjetiva de receptores o sensaciones. Por tanto, la sombra de G.W. Leibniz, pero sin apelar a la intervención divina. La armonía se explica por una armonía preestablecida más profunda, pero más titubeante, entre la semejanza perceptual y el medio ambiente. (...)" (Ibid., pp. 160-161).

Esa titubeante armonía preestablecida entre la semejanza perceptual y el medio ambiente, ¿no suena a armonía entre el objeto y el sujeto?

En este artículo, Quine defiende todavía que esta armonía se explica por la selección natural; de hecho así termina el párrafo citado. Pero, la selección natural no puede explicar que haya un acuerdo del tipo que requiere Quine, por las razones antes aludidas. Además, yendo más allá de la obra de Quine, la selección natural no puede funcionar como explicación de ningún tipo de armonía en el ámbito del contenido, o de la referencia, de nuestras expresiones lingüísticas. Es posible ofrecer otra argumentación de la insuficiencia explicativa de la selección natural en este contexto. Pensemos en los instrumentos que se usan para servir las bolas de helado: son una especie de cuchara, más hondas de lo normal, con una pequeña varilla que, cuando apretamos un resorte en el mango, recorre el fondo de la cuchara soltando el helado amontonado en su cavidad. Ahora, imaginémosnos un Mundo Gemelo, o un mundo posible, idéntico al nuestro salvo en unos po-

cos aspectos. Uno de ellos es que en dicho mundo no hay helados, pero, por una extraña casualidad, sí que hay los artefactos para servir bolas de helado. Dado que en este mundo no hay helados, los niños-gemelos usan los servidores de bolas como cucharas normales, para tomar sopa, o lo que sea (realmente las cucharas de servir helados son como unas cucharas con mayor capacidad). Podemos suponer que la selección natural ha actuado de igual modo en ese mundo que en el nuestro, salvando unas variaciones sin importancia.

Si este caso fuese posible y la selección natural explicase la armonía de la semejanza perceptual, entonces los niños de Mundo Gemelo y los de nuestro mundo tendrían que coincidir en los aspectos sobresalientes de una estimulación global en la que se les presentase una cuchara. Pero, ¿coincidirían si el estímulo global correspondiese con la presencia de una cuchara con la que, en nuestro mundo, se sirven los helados? Me parece que es plausible pensar que los niños del mundo-sin-helados encontrarían perceptualmente más semejantes entre sí una cuchara de metal y un servidor de bolas de helado de metal que una cuchara de metal y una cuchara de palo; pero, a la vez, creo que los niños de nuestro mundo encontrarán más similares entre sí a las dos cucharas, sin que les importe de qué material están hechas, que a la cuchara y al servidor de bolas de helado de metal. Esto sería fácilmente explicable si suponemos que la similitud perceptual entre objetos se realiza a través de la función de esos objetos y no a través de su materialidad.

Con este caso imaginario quiero insistir en que no tiene sentido pensar que la selección natural sea una explicación de la semejanza perceptual. De nuevo los intereses, llámense deseos y creencias si se prefiere, se cuelan por las rendijas de nuestra percepción originaria del mundo.

En conclusión, si estoy en lo cierto y la única opción que le queda a Quine es aceptar el estímulo distal como base del acuerdo en las oraciones observacionales, no cabe la indeterminación de la traducción. O cuando menos no es posible del modo que yo la interpreto²⁴.

La segunda observación que quisiera hacer se fija en la idea de la empatía como método por el que se debe guiar el lingüista en la traducción. El principal problema de la empatía como método no se presenta en su papel para el traductor, ni en que sea una habilidad misteriosa que todos tenemos por principio; sino en su trasvase al aprendizaje del niño. Quine nos dice que el traductor trata de ponerse en el lugar del nativo para traducir su lenguaje y que la madre hace lo mismo con el niño. Pero ¿quién es el que aprende el lenguaje? El paralelismo entre la traducción radical y el apren-

dizaje del lenguaje se basaba en que, tanto el traductor, como el niño, estaban tratando de aprender un lenguaje totalmente desconocidos para ellos. Se obviaba el hecho de que el traductor ya dominase un lenguaje, pero la analogía se sostenía como posible ya que ambos partían desde una posición equivalente en relación para con el lenguaje que trataban de aprender. Pero, ahora Quine afirma que el traductor debe hacer uso de la empatía para traducir las oraciones del lenguaje nativo; por lo que, en consecuencia, tendríamos que pedir al niño que aplicase, igualmente, la empatía como método de aprendizaje del lenguaje materno. Ahora bien, es a todas luces excesivo suponer que el niño que está aprendiendo a hablar sea capaz de ponerse en la situación de la madre. Por ello, Quine nos dice que es la madre la que adopta esa postura. Pero ¿acaso está la madre tratando de aprender algo? Si ese es el caso y la madre trata de aprender algo, desde luego no es ningún lenguaje, y mucho menos el lenguaje del niño, porque si el niño ya tiene un lenguaje antes de aprender a hablar, entonces no hay que explicar el aprendizaje del lenguaje, sino su desarrollo. En consecuencia ¿qué trata de aprender la madre por medio de la empatía cuando no hay nada que aprender? O lo que es lo mismo, ¿qué beneficio obtiene el niño de que su madre empatice con él (al nivel de adquisición lingüística, por supuesto)?

Quine trata en su última obra de solucionar esta situación y supone en el niño ciertas características innatas que le permiten captar, no sólo los gestos y movimientos del padre o de la madre, sino también percibir, aunque de modo inarticulado, que "el hablante percibe el objeto o acaecimiento." (Quine 1995, p. 89). Desde una teoría psicoanalítica podría ser defendible que, dada la identificación que -según este tipo de teorías- se da entre una madre y su bebe, el niño pueda percibir, o tener noticia, de que la conducta concreta del individuo que tiene enfrente es una conducta lingüística. Es decir, en este caso sí es concebible que un bebe tenga la capacidad de darse cuenta de que esa conducta que se desarrolla delante de él es una conducta que representa algo distinto de la propia conducta. Sin embargo, desde la posición de Quine, que desde luego no es psicoanalítica, nada hay que nos permita aventurar que esto sea el caso. Así pues, no veo como dar sentido al nuevo rol que este cambio de planteamiento exige en el niño que aprende un lenguaje. Los niños son, desde luego, imitadores natos, pero en sus primeras etapas están tan ocupados en descubrirse a sí mismos y descubrir el mundo, que no tienen mucho tiempo para preocuparse de qué es lo que observa el padre cada vez que le dice "¡mama!" señalando a su madre con ojos vidriosos.

Después de estas observaciones tan negativas, no quisiera terminar sin aclarar que no debemos rechazar todas las ideas de Quine acerca del lenguaje. Especialmente sugerentes son las ideas del holismo, el rechazo del mentalismo atomista y de las proposiciones y significados como entidades mentales, aislables e identificables. Ahora bien, tal vez no sea posible sostener el edificio de Quine si socavamos alguno de sus pilares, como la tesis de la indeterminación de la traducción, y tengamos que rechazar del mismo modo aquello que en él encontramos sugerente, por lo que la postura que nos quedaría por adoptar sería la de intentar sostener estas sugerentes ideas desde una posición distinta.

Notas

† Este artículo ha sido posible gracias al apoyo económico que recibo del Gobierno Vasco a través de una beca predoctoral del Programa de Formación de Investigadores del Departamento de Educación, Universidades e Investigación. Mi agradecimiento a R. Kirk por la paciencia y el tiempo (fantástico para mí) que dedicó a hacerme comprender el pensamiento de Quine. Si no lo consiguió, la culpa es, evidentemente, mía. Gracias, especialmente, a J. Bengoa por sus útiles comentarios a versiones previas de este artículo. Su responsabilidad en los aciertos la conocemos los dos, los fallos son sólo responsabilidad mía. Así mismo, quisiera agradecer los útiles comentarios de dos redactores anónimos de *Theoria*.

¹ Quine (1960). Cuando exista traducción castellana, citaré las obras de Quine con el título de la traducción, pero lo acompañaré de la fecha de la publicación original. Para la fecha de la traducción, véase la bibliografía.

² Ver Ebbs (1994). Y la nota editorial de la edición española de *La Búsqueda de la Verdad* (Quine 1992).

³ Curiosamente en la 2ª edición revisada de *Pursuit of Truth* (Quine 1990) no se han eliminado las apariciones de la expresión "*stimulus meaning*", a diferencia de lo que anunciaba la nota editorial de la edición española. Esta discrepancia ahondaría en el comentario de la nota 17.

⁴ Como afirma Kirk: "la doctrina de la indeterminación tiene que ser algo distinto de que no sea una cuestión de hecho qué traducción aproximada es la correcta. Él [Quine] sostiene que 'ni tan siquiera hay ... una cuestión objetiva sobre la que estar en lo cierto o equivocado' (Quine 1960, p. 73). Desde su punto de vista qué significa la oración traducida, o qué 'conceptos' emplea la gente, no es una cuestión de hecho." (Kirk 1986, p. 6).

⁵ De hecho, el fenómeno de la diversidad cultural-conceptual es compatible con un platonismo semántico.

⁶ Con estos apuntes es suficiente para distinguir la tesis de la indeterminación de la traducción del fenómeno de diversidad conceptual entre distintas culturas. Para ver una

detallada descripción de otras posibles interpretaciones erróneas de la tesis, ver Kirk (1986, capítulo 1).

- ⁷ La terminología, argumento desde arriba y argumento desde abajo, se ha extendido en la bibliografía sobre la tesis de la indeterminación de la traducción siguiendo las expresiones del propio Quine en el párrafo que cierra el artículo de 1970.
- ⁸ Quine (1970, p. 178 y 182). En *La Búsqueda de la Verdad* (1990, 1992) siguiendo la línea argumentativa que niega la relevancia del ejemplo de 'gavagai' para la tesis de la indeterminación de la traducción y, por lo tanto, niega también la preponderancia del argumento desde abajo, afirma: "La palabra ['gavagai'] se ha convertido en un logotipo de mi tesis de la indeterminación de la traducción, y ahora está abriendo su propio camino en un mundo más amplio. Irónicamente, no acuñé el término para poner de manifiesto la indeterminación de la traducción en su sentido fuerte. No ponía de manifiesto esto porque 'Gavagai' es una oración observacional que se puede traducir holofrásticamente sin duda como '(Lo, a) conejo'. Pero esta traducción es insuficiente para fijar la referencia de 'gavagai' como término; ese era el tema del ejemplo." (Quine 1990, 1992, p. 51).
- ⁹ Válidos, en el sentido de que todos los manuales encajarían con toda la evidencia posible. Pero, es claro que en este caso no tiene mucho sentido hablar de correcto o incorrecto, porque en última instancia no hay una cuestión objetiva sobre la que estar en lo cierto o equivocado.
- ¹⁰ Ver Kirk (1986, capítulo 6). Ver también Miller (1998, pp. 143-149) para un resumen de los argumentos que sigue Kirk.
- ¹¹ Kirk (1986, p. 149). En la nota 8 Kirk dice que en una carta privada Quine reconoció que esta cuestión invalidaba la línea argumental que siguió en 'On the Reasons for Indeterminacy of Translation'.
- ¹² La brevedad exige que queden muchas cuestiones en el aire que espero solventar en otros trabajos, pero creo que expongo claramente el sentido de mi interpretación de la tesis de la indeterminación de la traducción.
- ¹³ En realidad el significado estimular es un conjunto de tres subconjuntos (afirmativos, negativos e indiferentes), cuyos elementos son estados físicos: terminaciones nerviosas excitadas o en reposo.
- ¹⁴ Es muy importante aclarar el origen del acuerdo intersubjetivo en las oraciones observacionales, porque la viabilidad de la tesis de la indeterminación de la traducción depende, a mi entender, del tipo explicación que se ofrezca de esa coincidencia. El mero hecho del acuerdo no tiene relevancia para la tesis de Quine, ya que éste no es negado por los defensores de la determinación de la traducción. Existe una amplia aceptación de que hay ciertas oraciones ante las que, en ciertas circunstancias, no cabe sino la coincidencia sobre su valor de verdad. Lo distintivo es que, según Quine, aun cuando ese acuerdo se produce, cabe hablar de una indeterminación de la traducción. Por tanto, Quine tiene que mostrar que la explicación del acuerdo permite que haya distintas traducciones de una misma oración en un lenguaje dado y que sean todas igualmente válidas, dados todos los hechos relevantes. Lo que ha motivado este artículo es, precisamente, la convicción de que las sucesivas explicaciones que Quine ha ofrecido, en distintos momentos de su obra, no cumplen este requisito.

- 15 Para apreciar por qué la unanimidad en la respuesta es el factor decisivo en las oraciones observacionales puede ser instructivo recordar la clasificación de oraciones que construye Quine. Éste distingue oraciones ocasionales (*occasion sentences*) y oraciones permanentes (*standing sentences*). Estas últimas son aquellas ante las que el individuo responde de igual modo, afirmativa o negativamente, durante un cierto periodo de tiempo, al margen de cuáles sean las estimulaciones que esté presenciando, porque responde influido por estimulaciones pasadas. Ocasionales son aquellas oraciones que son "verdad en algunas ocasiones y falsas en otras." (Quine 1990, p. 3). Dentro de las oraciones ocasionales, encontramos oraciones observacionales y oraciones no observacionales. Una oración observacional es "una oración ocasional sobre la cual los hablantes del lenguaje pueden estar de acuerdo directamente presenciando la ocasión." (Ibid.). Así pues, se sigue que la intersubjetividad es el factor discriminante de las oraciones observacionales, aunque es cierto que no hay oración observacional que no sea ocasional al mismo tiempo, y que el asentimiento intersubjetivo lo es de las oraciones observacionales.
- 16 Las categóricas observacionales son el resultado de la unión de dos oraciones observacionales. La categórica observacional nos dice que, si se da la primera oración observacional, entonces se sigue la segunda, por ejemplo: "Llueve, luego el suelo está mojado". Sin embargo, a pesar de estar compuesta por dos oraciones observacionales, la categórica observacional es una oración permanente. Esta dualidad observacional-permanente les posibilita ser el anclaje de las teorías con la realidad.
- 17 Aunque el origen de este libro son unas conferencias dadas en Gerona en 1990, todavía en 1993 Quine intenta defender la noción de significado estimular frente a Davidson. Ver Davidson y Quine (1994, pp. 230-231). Esto muestra que Quine, por un lado, no tiene realmente clara la sustitución de una noción por otra, porque no acaba de ver la viabilidad del sustituto, y, por otro, quiere seguir conservando la intuición originaria que hay detrás de la noción de significado estimular, es decir, que el acuerdo se puede explicar desde las estimulaciones recibidas en el nivel del sistema nervioso.
- 18 Pese a lo novedoso del planteamiento, el mismo Quine encuentra pequeños indicios en Quine (1974). Ver Quine (1996, pp. 160, 162).
- 19 La privacidad de los estímulos globales y de la semejanza perceptual los inhabilita para dar explicación de la intersubjetividad de las oraciones observacionales. Siendo de carácter privado, al igual que el significado estimular, no pueden ser el fundamento de algo intersubjetivo. Además, si la experiencia sensorial es privada -como de hecho parece que es- y existe una indeterminación en el lenguaje, tal y como defiende Quine, no se puede afirmar que dos hablantes competentes, compartan o no la misma lengua, observan lo mismo cuando un conejo pasa delante de ellos. Porque, si la tesis de la indeterminación de la traducción es verdadera, estaríamos anulando los argumentos que tenemos para sostener esta afirmación. La tesis de la indeterminación de la traducción imposibilita que argumentemos, por ejemplo, que puesto que la conducta, lingüística o de otro tipo, es la misma, la observación es idéntica. Dicho de otro modo, la verdad de la tesis de la indeterminación de la traducción elimina los criterios que usamos normalmente para inferir la identidad de las observaciones de dos individuos cuando un conejo pasa delante de ellos.

- ²⁰ Davidson y Quine (1994, p. 226). Lo que Quine quiere decir, si es que quiere decir algo coherente, es que nunca se imaginó al lingüista haciendo de neurólogo y buscando redes nerviosas activadas en los cerebros de los hablantes nativos. Ver Quine (1996, p. 159).
- ²¹ En respuesta a Putnam, Quine escribe "Al contrario, yo pretendía que la noción de significado estimular captase la noción de significado para la comunidad lingüística en el caso de una oración observacional, y para el individuo en el caso de muchas otras oraciones ocasionales. Eran los significados de las oraciones permanentes (*standing sentences*) los que eran escurridizos" (Quine 1985, pp. 427-428).
- ²² Recordemos que lo que Quine busca es una explicación de la intersubjetividad de las oraciones observacionales que no elimine la inescrutabilidad de la referencia y que no trivialice la tesis de la indeterminación de la traducción.
- ²³ Steven Pinker sigue un razonamiento similar cuando defiende que el problema de la inducción que Quine plantea se resuelve en la evolución natural. "La vida es una jungla, y aquellos organismos que estén diseñados para hacer predicciones acertadas sobre lo que va a suceder dejarán tras de sí una mayor descendencia dotada de *las mismas capacidades* que ellos. *Organizar la experiencia en forma de objetos y acciones representa un punto de partida razonable para hacer predicciones, tal y como está construido el mundo.*" (Pinker 1995, p. 167). Lo que me importa del razonamiento de Pinker es que llega a la conclusión de que la evolución natural resuelve la inescrutabilidad de la referencia, por lo que corrobora mi comentario de que si la evolución natural es el elemento que explica la unanimidad en el reconocimiento de los aspectos sobresalientes, entonces no cabe hablar de inescrutabilidad de la referencia, ni seguir el argumento desde abajo para sostener la tesis de la indeterminación de la traducción.
- ²⁴ Como ya he comentado, considero que la tesis de la indeterminación de la traducción es más interesante si la leemos como una tesis ontológica. Pero, teniendo presente que la tesis de la indeterminación no se sigue del argumento desde arriba y que, a la luz de los cambios que Quine ha introducido en sus últimas obras, la pretendida base argumental que se puede derivar de la inescrutabilidad de la referencia también desaparece, la tesis se encuentra, por así decir, flotando en el aire. He argumentado que la selección natural no puede ser el "truco" de la intersubjetividad lingüística, y que si lo fuese no sería posible hablar de una inescrutabilidad de la referencia. De este modo, la única opción que parece disponible es tomar el estímulo distal como el origen del acuerdo. Sería precipitado concluir de esto que la tesis de la indeterminación es falsa, porque pueden haber otros tipos de argumentos, pero espero haber mostrado que si Quine insiste en mantener la intersubjetividad de las oraciones observacionales -y no veo cómo podría ser de otro modo- no ha encontrado una explicación de la misma; y mucho menos una explicación que permita, a la vez, afirmar que existe una inescrutabilidad de la referencia.

BIBLIOGRAFIA

- Davidson, D.: 1994, 'On Quine's Philosophy', *Theoria. A Swedish Journal of Philosophy*, vol. LX, Part. 3, 184-192.
- Davidson, D. y Quine, W.V.O.: 1994, 'Exchange between Donald Davidson and W.V. Quine following Davidson's Lecture', *Theoria. A Swedish Journal of Philosophy*, vol. LX, Part. 3, 226-231.
- Ebbs, G.: 1994, 'Review of *Pursuit of Truth*', 2ª edic. revisada, *The Philosophical Review* 103/3, July, pp. 535-541.
- Kirk, R.: 1986, *Translation Determined*, Oxford, Clarendon Press.
- Miller, A.: 1998, *Philosophy of Language*, London, UCL Press.
- Pinker, S.: 1995, *El Instinto del Lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial.
- Quine, W.V.O.: 1960. *Word and Object*, New York and London, The M.I.T. Press and John Wiley & Sons, Inc. [versión española en *Palabra y Objeto*, Barcelona, Labor, 1968].
- Quine, W.V.O.: 1970, 'On the Reasons for Indeterminacy of Translation', *Journal of Philosophy* 67, 178-183.
- Quine, W.V.O.: 1974, *The Roots of Reference*, La Salle, Illinois, Open Court. [Versión española en *Las Raíces de la Referencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1988].
- Quine, W.V.O.: 1985, 'Reply to Hilary Putnam', in Lewis Edith Hahn and Pal Arthur Schilpp (eds.): *The Philosophy of W.V.O. Quine*, The Library of Living Philosophers, La Salle, Illinois, Open Court.
- Quine, W.V.O.: 1990, *Pursuit of Truth*, 2nd edit. revised, 1992, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Quine, W.V.O.: 1992, *La Búsqueda de la Verdad*, Barcelona, Crítica. Traducción de la 2ª edición.
- Quine, W.V.O.: 1994, 'Assuming Objects', *Theoria. A Swedish Journal of Philosophy*, vol. LX, Part. 3, 171-183.
- Quine, W.V.O.: 1995, *From Stimulus to Science*, Cambridge, Mass., Harvard University Press. [Versión española en *Del Estímulo a la Ciencia*, Barcelona, Editorial Ariel, S.A., 1998].
- Quine, W.V.O.: 1996, 'Progress on Two Fronts', *The Journal of Philosophy* XCIII/4, April, 159-163.

Carlos López Losada es Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación (Sección Filosofía) el año 1995. En 1996 obtuvo una beca del Gobierno Vasco para la realización de la tesis doctoral que todavía disfruta. En la actualidad está adscrito al Departamento de Filosofía de la Universidad de Deusto como doctorando. Ha publicado el artículo 'Kuhn, Putnam y el agua' (*Teorema* XIX/1, 2000, pp. 59-73).